

la diferenciación se produjo al través del tiempo, pues en un principio, la decisión era unánime: regresar.

Una encuesta reciente sobre si, en caso de que las provincias colocadas al este del Oder Neisse se reunieran nuevamente a las occidentales de Alemania, desearía regresar el interrogado para establecerse ahí, y que cubrió a 357 expulsados, se obtuvieron resultados según los cuales 65% declaró que querría regresar (62 por ciento de los hombres y no menos del 68% de las mujeres), 15% dieron una respuesta negativa, un uno por ciento no dio respuesta y justamente menos del 20% no se había decidido. El autor precisa aún más que "lo que resultó más sorprendente fue que, al tomar en consideración las clases de edad, las respuestas recibidas mostraron que los jóvenes tenían mucho más deseos de ir a los territorios orientales que sólo podrían haber conocido como niños o como escolares, que la gente más vieja que había traído consigo sus tradiciones".

La conclusión general hacia la que desea conducir a sus lectores el distinguido investigador nurembergués es la de que "la integración de los expulsados en la economía federal durante un periodo de bum no debe tomarse como algo que implique una integración social en el mismo grado o como una renuncia a la idea del 'hogar' Eso no podría aplicarse siquiera a los adolescentes y jóvenes adultos quienes, por el contrario, se percatan plenamente de lo que su hogar social significa para ellos. Ellos mantienen, con espíritu abierto, la idea de regresar a casa, y no se apartarán de ella por los pesados sacrificios que implique, ni por la idea de una comunidad supranacional que incluya a los eslavos —dentro del marco, digamos, de una Europa unida— aun cuando se rehusen, en forma definitiva, a vivir bajo el dominio eslavo. No han crecido endureciéndose, como podría esperarse bajo el impacto de las expulsiones, y el hecho de que la generación

más joven de expulsados desee seguir el llamado de su hogar es un buen presagio de que el problema podrá llegar a tener una buena solución".

GARCIA RAMOS, Domingo: *Iniciación al Urbanismo*. Escuela Nacional de Arquitectura. Universidad Nacional Autónoma de México. México, 1961, pp. 304.

Un hermoso libro salido de las prensas de nuestra Universidad Nacional Autónoma de México. Al servicio de ésta, como de otras ediciones importantes de nuestra casa de cultura, ha puesto su espíritu de artista Rubén Bonifaz Nuño, Director de la Imprenta. Y el resultado ha de señalarse. Especialmente porque aquí, continente y contenido se hermanan íntimamente. Porque, puede haber dejado de ser ya el urbanismo preocupación artística pura, para ponerse en función de la vida social toda, pero no por ello podrá prescindir de la componente estética. Y aun cuando el autor, Domingo García Ramos —participe en nuestros congresos de Sociología—, inscriba explícitamente su esfuerzo en el marco de un urbanismo que no duda en calificar de sociológico, no por ello ausenta de su espíritu la componente estética. Tal lo demuestran sus esquemas, simultáneamente útiles y bellos: de trazo firme, de preciso contraste, nítidos, luminosos como el libro mismo que —todo él, texto y gráficas— se entrega de inmediato al lector.

¿Una iniciación apenas? ¿un puro texto? Más que eso, mucho más. Nos imaginamos a sus destinatarios inmediatos —los estudiantes de arquitectura— devorándolo, desde el primer día con los ojos, agotándolo en su contenido aun antes de principiar el curso. Nos los imaginamos ya, desde el primer día presos del espíritu del urbanismo que su maes-

tro ha tratado y seguirá tratando de in-
fundirles a través del libro y a través de
la enseñanza.

Conceptuar, definir, precisar termino-
lógicamente, al principio. Tarea difícil,
en la que se mezclan y entrecruzan el ur-
banismo, la arquitectura, la planeación,
la planificación... De todo, pudiera
recoger el sociólogo que mientras el ar-
quitecto enfatiza la solución de necesida-
des humanas en el nivel personal (que,
naturalmente no puede descuidar la com-
ponente social), el urbanista enfatiza la
solución de esas mismas necesidades en
nivel social (que, por supuesto, no pue-
de descuidar los elementos más distinti-
vamente personales); que mientras pla-
near representa hacer planes, planificar
significa hacer planos y que, quizá por
este camino se vislumbra que mientras el
político científico precisa los primeros,
con base en conocimientos sociológicos,
es el urbanista el que, con base en esos
conocimientos realiza el plan; que si
quien planea se mueve en un nivel más
alto de abstracción, quien planifica —y
principal aunque no únicamente lo hace
más alto el urbanista— se desplaza en ni-
vel de comprensión. Más próximo de lo
filosófico lo primero, aunque no puedan
desconocerse sus componentes científicos
y técnicos; más próximo de lo técnico lo
segundo, aunque no pueda desconocer su
componente científico y filosófico.

¿Puede extrañar, así, que García Ra-
mos considere al urbanismo como una
forma de sociología aplicada? No puede
extrañar. Pero pudiera pensarse en distin-
ciones ulteriores, en concatenaciones pro-
fesionales más detalladas. La filosofía so-
cial lo señorea todo, desde un polo —el
Hombre, al fin y al cabo, es algo que
debe ser superado—; ella, a través de la
axiología, señala los valores por lograr; a
través de la antropología filosófica deli-
nea el Hombre máximamente humano...
Pero, es la sociología la que indica cómo
el proyecto del hombre máximamente hu-
manizado se realiza o se frustra (el indi-

viduo es un punto de partida, la sociedad
lo humaniza o lo deshumaniza, lo enal-
tece o degrada); es la sociología la que
indica cómo esos valores humanos se lo-
gran o malogran en la realidad social por
la existencia de ciertas instituciones que,
surgidas espontánea o voluntariamente,
laboran en pro o en contra de lo huma-
no. Hay una realidad socio-cultural que
modificar, y es la política (sociología
aplicada en sentido axiológico) la que
tendrá que modificar esas instituciones.
Las transformaciones que él introduce tie-
nen que operarse en el ámbito socio-cul-
tural. Pero, aun las mejores de entre las
instituciones, las más eficientemente orien-
tadas, suelen tropezar con obstáculos
opuestos por la realidad material y es éste
el punto en el que se inserta la acción
del urbanista, por una parte, del arqui-
tecto por la otra. Modificar la realidad
material, concreta, para lograr un funcio-
namiento eficiente de instituciones que el
político ha ideado para superar obstáculos
socio-culturales y lograr la realización me-
liorativa del hombre parece ser la tarea
que corresponde a estos técnicos. Técni-
cos, porque tienen que buscar que su obra
sea eficaz; pero también artistas, porque
con su obra, creadoramente, tienen que
revelar en su máxima concreción los va-
lores que el hombre en sociedad trata
de realizar. El urbanista quizá se revele
—por esta vía— como el intermediario
por excelencia entre el humanista y el
ingeniero; entre el científico y el políti-
co: entre quien trata de definir lo que
es el hombre y quien trata de transfor-
mar el universo material para servir a la
humanización creciente del hombre; en-
tre quien trata de definir lo que es el
mundo y quien trata de transformar la
sociedad a modo de que pueda servirse
del mundo para su propia humanización.

Habla, en seguida, García Ramos, del
urbanismo instintivo, el empírico, el ar-
tístico, el científico. Paralelamente, se ha
avanzado de las más antiguas aglomera-
ciones humanas a los grandes centros de

culturas tan importantes como la griega, la romana, la teotihuacana, o a los sueños de la ciudad-ideal de grandes artistas como Da Vinci y Durero, o a las transformaciones impuestas por la revolución industrial y a la necesidad de repensar las ciudades que hubo que reconstruir tras la Segunda Guerra Mundial. Una creciente toma de conciencia, una creciente racionalidad, un creciente científicismo; pero un científicismo templado siempre por el soplo creador del arte. Todo muestra que el urbanismo es actividad consciente, voluntaria, transformadora e incluso creadora. La sociología podrá algún día estudiar el urbanismo, a lo largo de una de sus vertientes: la sociología del conocimiento y de la técnica pero, entre tanto, hay un sector conexo que le toca más cercanamente en cuanto responsabilidad: el de la urbanización. Si el urbanismo mienta la actividad consciente, la urbanización mienta un hecho: el crecimiento de las aglomeraciones urbanas, mayoritariamente, hasta ahora, en forma inconsciente. Si el urbanismo apunta a voluntarismo y deseos de ordenación y de regulación del crecimiento, la urbanización indica crecimiento involuntario, desordenado. La sociología estudiará la anarquía del desarrollo urbano, la frecuente hipertrofia de la ciudad dentro de la región y sus desastrosas consecuencias y, por tal camino justificará plenamente al urbanismo. Cuando el urbanismo —llevado por una inercia bien conocida en el terreno de lo técnico— se incline al exceso del ordenamiento y la regulación y su utilidad pretenda erigirse en justificativa de cualquier totalitarismo o tecnocracia, tendrá que aceptar la sociología, de nuevo, una pesada tarea, una amarga responsabilidad, y hacer la crítica de ese urbanismo que olvidado de su inspiración primigenia —invirtiendo los términos— tienda a convertirse en frustrador de lo humano.

En tanto, la vista y el espíritu pueden descansar en el recorrido que nos lleva

—a través de los planos esquemáticos de García Ramos— de la colonia griega de Selinonte a Priene, Babilonia, Teotihuacán, Pekín (con su ciudad tártara, su ciudad imperial, su ciudad prohibida y su ciudad china), Atenas y su Acrópolis, Pompeya y su Foro, Roma y sus Foros (ciudades clásicas y antiguas); a Carcasone, Noerdlingen, Montpazier, Aigues Mortes, Malinas, Venecia, Brujas (ciudades medioevales), Roma, Siena, las ciudades ideales de Leonardo (renacentistas), Palmanova y las ciudades ideales de Durero, de Castiotto, de Scamozzi, de Jacques Perret de Cambery; las ciudades fortificadas del Gran Vauban (Neuf Brisach, Sarre Louis), Karlsruhe y Versalles (barrocas), las ciudades neoclásicas, las ciudades estadounidenses. De paso, puede recogerse la crítica social de procedencia urbanística emitida respecto de Karlsruhe en la que “el trazo geométrico está obligado en forma radial, de manera que las avenidas concurren en una visual a la habitación del monarca: es la expresión máxima del absolutismo; ahí no importan orientaciones, vientos, topografía, todo se sacrifica para obtener el caprichoso fin”.

Un interludio: “Veinte siglos, tres filósofos y un rey”: Platón y *La República*. San Agustín y *La Ciudad de Dios*; Moro y *Utopía*; Felipe II y las *Ordenanzas para descubrimientos, poblaciones y pacificaciones*. La trascendencia de los tres primeros es conocida; del último, en relación con el urbanismo, se encarga de subrayar la importancia García Ramos.

En seguida, la Revolución Industrial, presentada en forma de efemérides. La Revolución Industrial, decisiva para la urbanización. Y, tras ella, a siglos de distancia, pero no menos decisiva, la Segunda Guerra Mundial con su planteamiento de problemas nuevos y su reclamo de soluciones dirigido al urbanismo.

La actividad y el pensamiento de los primates del urbanismo y de la arquitectura; la acción, la ocupación y la preocu-

pación constantes de todos los urbanistas y de todos los arquitectos de diversos lugares del mundo habrían de encauzarse al través de los Congresos Internacionales de Arquitectura Moderna. Los principios de solución concretarían en la Carta de Atenas. En ella, se tratan, en forma de generalidades, las conexiones entre la ciudad y su región; en forma crítica y con orientación meliorativa, el estado de las ciudades en cuanto a habitación, recreación, trabajo, circulación, patrimonio histórico; desde un punto de vista doctrinario, algunas conclusiones.

Los capítulos siguientes de la obra de García Ramos, en buena parte, son un desarrollo del articulado constitutivo de la Carta de Atenas. Ojearlos simplemente, leerlos detenidamente, son dos tareas que parece debe imponerse el sociólogo urbanista. Puede encontrar en ellos muchos puntos de convergencia con su información sociológica, pero, asimismo, puede encontrar en esas páginas muchas enseñanzas que podrían ser un enorme auxilio para el desarrollo de sus investigaciones y sus estudios. El simple conocimiento de la simbología convencionalmente aceptada por la Secretaría del Patrimonio Nacional, de México, ¿no podría descargarle de enorme peso en la recolección de algunos de los datos que podrían interesarle en el estudio de una ciudad desde el ángulo sociológico? Creemos que apenas si puede dudarse de ello.

Un libro bello y un libro útil por el que hay que felicitar al Arquitecto Domingo García Ramos y por el que hemos de felicitarnos más especialmente quienes quizá en algún momento hayamos de beneficiarnos enormemente de su contenido. Una demostración más de que los maestros universitarios de México reconocen su responsabilidad en cuanto a elaborar libros de texto accesibles para sus alumnos, pero, asimismo, la que les corresponde en cuanto a posibilitar las futuras tareas interdisciplinarias de enseñanza e investigación que la Universidad de Mé-

xico del cercano futuro habrá de considerar como ineludibles.

ROBSON, William A. (Ed.): *Great Cities of the World. Their Government, Politics and Planning.* The Macmillan Company. New York, 1955, pp. 693.

Bien conocido por obras como "El Desarrollo del Gobierno Local" y "El Gobierno y Desgobierno de Londres", Robson se ha ocupado de editar esta obra que trata de mostrar cuál es el gobierno, cuál la política y cuál la planeación de un grupo selecto de ciudades de Europa, América, Asia y Australia, entre las que se cuentan: Amsterdam (estudiada por Wildschut), Bombay y Calcutta (por Venkataranaiya), Buenos Aires (por Bielsa), Chicago (por Walker), Copenhague (por Holm), Londres (por el propio Robson), Los Ángeles (por Crouch y McHenry), Manchester (por Lady Shena Simon), Montreal y Toronto (por Callard), Moscú (por Simon y Hookham), Nueva York (por Tgwel), París (por Chapman), Río de Janeiro (por José Arthur Ríos), Roma (por Chiarelli), Estocolmo (por Heckscher y Holm), Sydney (por Bland), Wellington (por Brookes), Zürich (por Imboden). Al editar este conjunto de monografías sobre ciudades tan diversas e interesantes, Robson trata de ver hasta qué grado la gran ciudad produce problemas de importancia más o menos general. Y al hablar de "grandes ciudades" lo hace con la conciencia plena de la relatividad del término. No se trata de grandes ciudades en términos absolutos, sino de ciudades grandes en relación con la extensión o la población del país al que corresponden. Por lo cual no puede extrañar que entre ellas se encuentre Wellington, con sólo 120,064 habitantes, ya que corresponde a un territorio como el de Australia que se encuentra muy poco densamente poblado, o Zürich que